

# Carta abierta al ex presidente de facto Jorge Rafael Videla

*Walter Alberto Calzato\**

## *Resumen*

Cuando los sablazos del autoritarismo se trenzan y se desbocan hacia objetivos irracionales, nada de lo que sucede después es igual. Viví el autoritarismo de la dictadura argentina acaecida durante los años de 1976 a 1983. La recibí en plena adolescencia, en plena formación acerca de la vida. Llevo en mi retina la arbitrariedad, la posibilidad trágica que el ser humano que te acompañe de pronto no esté más, vaya a saber los motivos, pero ausencia al fin. Del miedo prendido en los zapatos. Esta carta lleva el propósito de llevar al papel y poder exorcizar tanto enojo, tantas posibilidades truncadas. Recuerdo perfectamente el antes, el mientras y el después. Sobre este último punto es donde recalca este escrito.

*Palabras claves:* dictadura, historia, subjetividad, cuerpo, existencia.

## *Abstract*

When the saber of authoritarianism, are braided to run wild and irrational goals, nothing happens next is the same. I lived the authoritarianism of the dictatorship in Argentina occurred during the years 1976 to 1983. I received a teenager, in full training on life. I bear in my retina arbitrariness, the tragic possibility that the human being with you suddenly not more, who knows the reasons, but absence at last. Of fear caught in their shoes. This letter is intended to take the paper and to exorcise so much anger, so many possibilities truncated. I remember the earlier, for while and after. On this last point is where this paper saturates.

*Key words:* dictatorship, history, history, subjectivity, body, existence.

\* Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Posgrado [fcnym@museo.fcnym.unlp.edu.ar].

## I

Suple esta misiva un deseo que, por lo imposible, desde hace tiempo se ha convertido en algo altamente improbable: el poder estar frente a su persona cara a cara y preguntarle qué es lo que motivó tanta ignominia desde aquel viejo 24 de marzo de 1976 o quizás desde antes. Los odios reales y los creados a lo largo y ancho de estos años han impedido que me pueda sentar delante de usted y de una vez por todas escuchar de su propia boca las respuestas que busco desde hace años. La palabra no es un triángulo; es un círculo tenaz, no tiene aristas y no puede reposar sobre una base, siempre estará condenada a repetirse a sí misma para seguir existiendo. Me dicen que las razones de los hechos sucedidos en nuestro país son claros, motivaciones políticas, de poder, etcétera, etcétera, no me convencen. No puedo entender ni la más mísera justificación. Tampoco me satisface cuando me quieren explicar que todo es producto de la historia y que no hay que buscar más allá de ella, lo que ocurrió, ocurre u ocurrirá. No quiero saber, tampoco, de eternos retornos. Sólo estoy consciente de esta incertidumbre aquí, ahora. Hasta las reencarnaciones son ciegas.

No le prometo orden en esta misiva. Seguramente la notará como hija del capricho. No pretendo hacer una exposición detallada y concisa, sino poner distintos pensamientos y vivencias que vienen a cada instante, desde hace muchos años, a mi teclado, desordenados, sedientos, con un ángel y un demonio en cada hombro, seductores, susurrantes. Me basta escucharlos.

## II

Digo odios reales, es decir, los hechos acaecidos bajo nuestra propia piel, y los creados: aquellos que pueden aumentar o desfigurar cualquier acto humano, por más simple, inocente o demoníaco que sea. En este aspecto, la historia es bastante sagaz para disfrazar los hechos. Me corrijo: la historia que escriben los hombres, esa que adormece conciencias y que las hunde sin remedio en una tenebrosa humareda. Los hechos no se presentan solos, vienen ya cargados de futuro, de frutos a punto de estallar, se acumulan y entonces nos

encontramos, pasada tanta agua bajo el puente, con un enorme palimpsesto, enmarañado, con tintes de verdad y mentira, con crueldades escondidas, con demonios fulgurantes que se asoman, rojos de ira, rojos de vergüenza.

Esta misiva, señor Videla, parte de la idea de que todo el pasado pesa como plomo en nuestras espaldas, jamás madura, nunca se resuelve y no pretende irse, por más que realicemos los rituales más escondidos con el fin de disipar lo vivido. Nada pasa y todo queda. No hay caminos sobre la mar. Sólo bloques irascibles. El dolor no nos hace crecer; en vida embrutece, corroe nuestras más nobles intenciones y se disipa sólo con la muerte. Ni siquiera eso. La tierra bendita tiene que soportar y absorber todo lo vivido. Qué triste, primero soporta nuestros pasos, nuestro ir y venir, nuestros avances, retrocesos y parálisis y luego, en silencio mortuorio y terroso, la envenenamos con nuestros odios. Ni el frío de la nada puede disipar nuestras vergüenzas. Aquí la división maniquea cartesiana de mente y cuerpo no tiene lugar. Desde el cuerpo construimos nuestra interacción social y con él nos vamos. Es el que carga nuestros infortunios.

### III

No hay imagen que lo saque fuera de los comunicados, o de la pólvora o el fuego. No hay foto, o video suyo que no esté rodeada de adustez, seriedad, rigidez, ascetismo poco natural (no hay peor virtud que la inventada), por lo tanto no tengo más remedio que considerar que la construcción que se ha hecho de usted en estos últimos 30 años poco me ayuda.

Por ese motivo me quedo con algo más profundo y enteramente personal: la figura suya que tengo internalizada, construida a lo largo de los años y que tantas fuentes han venido a colaborar. Lentas olas que han venido a llenar mi playa, tanto de desperdicios como de objetos reales como ficticios, caracolas gastadas, sirenas mudas, caballos marinos que no hacen ronda, ni algas ni corales.

Me interesa dirigirme a su persona, primero con el fin de disipar viejos fantasmas, que no sé si la escritura pueda exorcizarlos de una

manera definitiva, pero sí sacarlos, a la luz. No hay peor cosa para una sustancia maligna que la luz del sol, o el aire infectado de las opiniones humanas. Es bueno zarandear a estas sustancias, que pasen de mano en mano, de idea en idea, que se sientan perdidas y sin dueño. De esa manera se desvanecen. Por lo tanto las hago visibles y me responsabilizo enteramente de mis afirmaciones.

#### IV

Creo que cada ciudadano argentino sobre la base de su experiencia y el alcance de su vista tendrá a su manera construida dicha internalización. Imagínese. Millones de compatriotas tienen una imagen de usted. No hay una igual. Todas distintas. Todos lo pensamos de distinta forma, algunos recordarán algún hecho, otros recordarán situaciones diferentes. De la misma manera como leemos un mismo libro, miles de personas. Cada una con lo suyo, con las verdades y mentiras de siempre. En cuanto a mi internalización, ella está aquí sin contornos, difusa, fantasmal, y recorre los pasillos de mi memoria entre luces, sombras, pero presente al fin. Es el producto de mis vivencias, de mis pasos, de mis silencios, de mi andar en este país del no me acuerdo. Son enteramente subjetivas, lo que significa que la subjetividad la eleva a la categoría de objeto de reflexión en cuanto toca cualquier parte de mi cuerpo y porque la considero tan válida como cualquier concepto, de esos que pretenden ser claros y distintos. Está libre de complejos de inferioridad.

Por supuesto que la objetividad ha presentado su divorcio (ya pocos creen en ella) y no es digna de confianza. No es que todo dé igual, no creo en relativismos absolutos, sino es menester poner de relieve los matices, matices que hacen que la vida no se desbarranque en un negro absoluto o en un blanco sueño sumamente alejado de lo que vivimos de manera cotidiana. La defino de esta manera, porque la palabra realidad, también desde hace tiempo viene moribunda con su harapos y enseres gastados.

Vine a la vida con un mundo que me precede (Shutz, 2003). La suma de este mundo y mis propios andares (hasta el presente) me han

conformado lo que soy. Esta estratigrafía recorre todo mi cuerpo, se encuentra en mis gestos, en mis silencios, cuando bajo la vista para no ver en mis recuerdos tanta crueldad. Difícil que alguien puedan localizarla en algún sitio de mis músculos, nervios o recónditos paisajes de mi estructura ósea. Ni yo mismo sé dónde está, pero me es claro que corren de manera violenta, atropellan, confunden, arman parapetos algunas veces falsamente sólidos, luego se desvanecen para dar lugar a otros torrentes, inusitados.

## V

No soy buscapleitos, no acostumbro subirme a tarimas flojas y desordenadas, no le robo el pan y la sal a la gente, tampoco pretendo colgar mi retrato en alguna escuela, ni subir banderas que no sé para quién son ni para quién sirven, no busco viejos afanes; desconozco fuerzas oscuras, no poseo riquezas escondidas, ni siquiera tengo sonrisa de cara afeitada, ni sonrisa cara corta, es decir, no soy un político. Señor Videla, soy un ciudadano común, maestro de escuela, antropólogo y con algunas dotes de la escritura que me permiten, como en este caso, dirigirme a su persona. No juego el papel de la neutralidad. Poseo mis propias ideas, ideas que usted mismo podrá dilucidar a lo largo de esta misiva.

Pero sí le pido que deseche de su mente alguna conspiración o un mandato corporativo o ideológico detrás de mi escrito. Atrás de esta carta no hay nadie; nunca. Quizás sean muchos los que escriben. Demasiados; pero no están presentes, sólo recuerdo sus voces en forma de ecos persistentes que como entidades malignas se precipitan a mis oídos de manera rauda, violenta y luego se retiran dejándome una ralea de angustia.

Es posible que detrás de toda escritura exista un trasluz mediúcnico, que nos deje transparentes, donde alguien ajeno a nosotros y ajeno a este mundo, pueda incorporarse a nuestro cuerpo. Por lo pronto no hay nadie; sólo el papel, mi máquina y este tremendo nudo que llevo en mi garganta acerca de su persona durante tanto tiempo. Sólo la soledad de mi discurrir, que nunca se convirtió en diálogo por más

que haya querido, de mi rumiar, de mis pensamientos que oscilan entre lo ocurrido, y lo que acontece, ese intersticio, ese asomarse a las tragedias que mi país supo conseguir, consigue y conseguirá.

El problema es qué hay detrás de esos intersticios. Es posible encontrar un sendero quizás demasiado angosto, lleno de dificultades para poder transitar en él. O quizás espacios inmensos, abiertos, donde se encuentre enclavado a lo largo de sus paredes los tremendos desastres, huracanes y sudestadas que han azotado a esta porción de suelo que suelen llamarle República Argentina, inmensa geografía emocional, donde nos debatimos entre oscuridades, picanas, malabares, soles apagados y lunas cómplices y con su cabeza de Goliath, enorme, entre el río color de león, y la soledad de la llanura a sus espaldas. Tan grande, tan vasta que colocarla en un puño suena a quimera. A modo de compensación nos apropiamos de una porción de ciudad y desde ahí construimos nuestro mundo. Nuestro mundo, el que quisieron reducir a polvo y ceniza y no pudieron.

## VI

Me interesa saber cómo la dictadura militar de 1976 a 1983 trabajó mi psiquis, mi forma y mi materia. Cuánto tengo de dictador adentro, cuánto odio escondido se incorporó a mi frente y a mis espaldas, cómo resuelvo este enigma, cómo me quito el miedo de salir a la calle sin mis documentos, cómo resolver la desconfianza al ver un simple agente de policía; cómo no amargarme y quedar en una furia ciega, silenciosa, temblorosa e incomprensible cuando me piden que hable sobre mi adolescencia y los militares argentinos; cómo disipar este enorme enojo, este vacío, este desierto pródigo en soledades.

## VII

Las dictaduras pueden retirarse de los poderes y la gente e irse muy lejos, pero las cicatrices y las heridas persisten y es necesario un buen tiempo para que alguien pueda de una vez por todas, disipados los detalles y los encontronazos, poner en un sosegado escrito cuanto ha

sucedido. No es el caso de esta misiva, todavía corren en mis entrañas ríos de dudas, caudalosos, llenos de ira. Quizás sea una forma de desapasionar tanta erupción, tantas dudas, tanto dolor. Una forma de apaciguar la rememoración de algunos instantes precisos de los últimos años. Pero esos instantes no desaparecen, se quedan moribundos en algún rincón astral de nuestro cuerpo y toman vida cuando menos lo esperamos.

Me decía alguien muy cercano, que viendo sus fotos en juicios y tribunales, podía recordar nuestra adolescencia, que era incomprensible que desde aquella época hasta el presente puedan las cosas, naufragar irremediamente tal como sucedieron. Cuánto hay de usted en cada uno de nosotros, es la puesta en mesa de mi propia internalización. No conozco otra. Por eso la mía. Si tuviera acceso a las demás, podría ser o una riqueza inmensa, o un desbarajuste inusitado. Esta construcción mía la despliego de la manera más clara posible. Pero no se confíe, ésta se encuentra enmarañada con mis propios fracasos, con mis islas baratarías olvidadas, con mis faros del fin del mundo quizás apagados. No se olvide. Usted ha estado en nuestras vidas. Usted, yo y los demás hemos compartido una porción de historia. Nada menos. Recorrer un momento siniestro y oscuro del siglo XX.

## VIII

No me encuentro a la mediana edad, ni pretendo que un Virgilio desate mis propias dudas ni que me lleve a infiernos y paraísos. Éstos, especialmente el primero, se han demostrado tal como son, no se encuentran escondidos. Por lo pronto se lo ha visto a cara descubierta durante la década de 1970 en la última porción de América del sur. Por supuesto que hubo otros infiernos, antes y después, pero hablo del que me ha tocado vivir, el que me dejó cicatrices difíciles de borrar, cicatrices que como reguero de serpientes recorren mi cuerpo y el cuerpo de los otros. En cuanto al paraíso, o no lo hemos alcanzado por nuestra desidia, o se encuentra demasiado perdido o no sabemos cómo volver. Por supuesto suponemos que realmente existe.

No hay rememoración precisa sin silencio. Los ruidos pueden poner vértigo a toda una serie de pensamientos, darle empuje, como una discusión en las aulas de la Universidad, apasionada, quizás violenta, afiebrada. Pero sólo en el después cuando todo calla, cuando todo retoma su cauce, es ahí cuando se despliega todo el pensamiento, no antes. Como cuando nos sentamos solos en una plaza en la oscuridad de una noche. En esta situación cualquiera es un intruso. Este escrito se nutre de ese silencio posterior, donde uno puede hacerse todas las preguntas, nadar en mar de la duda y reflexionar si realmente podemos decir lo que pensamos o si manejamos los títeres de nuestra hipocresía, de tal manera que nuestro interlocutor crea lo que nosotros no pensamos realmente. Aunque es imposible cesar los ruidos, persistentes, crueles.

Muchos psicólogos creen que no acabamos en un yo determinado, que la idea de individualidad decimonónica es una falacia, que en nuestro interior se cruzan desordenados todos los estigmas, que nuestra identidad es creada por la sociedad misma, que internalizamos los valores que la sociedad crea. Somos muchos yoes juntos. Quizás sea así. Quiero hacerle creer a esta pantalla que el que escribe posee su propia identidad. No me sea imposible engañarla, porque tampoco puede engañarlo a usted. No soy yo el que pienso y escribo sino toda una sociedad que reclama una respuesta, que quizás no pretende ser explicativa, sino enteramente existencial.

Ignacio Anzoátegui decía que batallaba entre dos silencios: “cuando no hablo, y cuando hablo y no llego”. No quiero quedarme con este último. Tampoco pretendo que usted me escriba. No es el propósito. Tampoco sé si le interesará hacerlo. Simplemente quiero hacerle saber lo que pienso, que no es nada ingenuo. La ingenuidad es un invento de cobardes. La interpretación nunca es inocente. Cada palabra es un compromiso. Por eso san Agustín pedía perdón antes de pronunciar una palabra.

## IX

La necesidad de encontrar un referente latinoamericano sobre su poder, señor Videla, me llevó a la mayor parte de las lecturas sobre

novelas de dictadores en América Latina. Esas novelas que conjugan un realismo mágico con ironías generales y particulares, la alteración del tiempo, el final trágico del poder obsesivo de quien lo ejerce, la crueldad, la soledad y por fin la muerte. Este círculo tenaz se centra en una América indefinida, una América que son muchas, entre palmeras, mares caribes y ciudades que los dictadores pretenden imaginar a su antojo. La lectura de *El recurso del método*, de Alejo Carpentier (2009), me asemeja a un universo pantagruélico, carnavalesco. No siento que esa dictadura, o por lo menos la dinámica y los contenidos me identifiquen. El carnaval en este último caso fue la fiesta de la sangre y no del baile y del papel picado. La construcción de Carpentier suena maravillosa con su realismo mágico, sus ironías penetrantes. Quizás esa sea la realidad propia de América Latina, pero vista desde una plataforma que se encuentra muy alejada de nuestra vida cotidiana.

La vida no es una fantasía, ni un golpe maestro del azar. Una dictadura, menos: es tan real y tan cruel. Es posible que la fantasía pertenezca a las ilusiones de los dictadores, con sus decretos incongruentes, absurdos, de pretender transformar la realidad a su capricho. Los hay y de los más variados.

El poder corrompe absolutamente, pero no eternamente, por fortuna. Las dictaduras también se terminan. Creo, sobre este último punto, que Lucifer no pudo resolver cómo seguir manteniendo eternamente una dictadura, quizás por eso se acaban. A éstas no las supera ni la lógica infernal. Pero mientras tanto estas aventuras del averno se convierten, para los que pretenden seguir siendo mortales, en una pesada piedra de molino. Las cicatrices que dejan calan muy hondo.

## X

Me sumergí en la lectura del *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez (1978). Lectura que me obligó a desenterrar varias capas de significados ocultos en una estratigrafía que, a primera vista, suena a desquicio, a ironía, a una desmesura por el poder, por el poder mismo. La poca comunicación social del dictador, como héroe truncado, abyecto, despiadado, con sus rebrotes de humanismo por el amor

de su madre, amante y esposa, todo sumergido en una desmesura, donde se pierde el contacto con la realidad o la realidad transformada por el dictador. Le reprocho a esta novela el haber adjudicado a un dictador una psicología de pobreza existencial, de desesperación, de una amarga soledad. De una muerte digna de un héroe trágico. Proporciona lástima, a fin de cuentas. Su muerte, la verdadera, entre vacas, boñigas, gallináceas. Como si ese final fuera injusto o por lo menos con un dejo melancólico por un triste dictador, imagen última que puede borrar las matanzas, la arbitrariedad, la locura y la sangre derramada a conciencia pura y con los ojos bien abiertos.

Una muerte, que por los mecanismos que conocemos acerca de las víctimas sacrificiales o de la muerte en soledad, es la puerta para una reivindicación necesaria. La muerte es un hecho social (nadie muere de la misma manera según el contexto donde se deja de respirar) y se corre el inmenso peligro de transformar una muerte en una victoria. Como decía san Agustín la muerte también posee su vitalidad. Señor Videla, con ella no se juega, ni se entabla un diálogo. No olvidemos que la cultura occidental se encuentra marcada a fuego por la tumba vacía de un rabí que vivió y murió en el siglo I de nuestra era. Jugar con tal peso equivale a una sentencia eterna. Hasta los dioses menores le tienen terror a la muerte, a la desaparición definitiva.

No asocio soledad y dictadura. Tampoco es el caso suyo. Gozó a luces vistas de un beneplácito cortejo de aduladores y no tanto. No conozco dictador latinoamericano que no haya tenido o soportado una veintena de colaboradores, cuando no un pueblo que lo apoya. Usted no es un héroe trágico, víctima de una circunstancia social o de un momento político que no se pudiera manejar. Usted obró con razón cartesiana. No lo llevó la vorágine de una situación desesperada. Fue el poder claro, pensado, meditado. De manera clara y distinta.

## XI

Su razón es pretérita, es una razón que se viene acomodando desde los inicios del siglo XVIII. La única diferencia es que usted no escribió ninguna enciclopedia. Es la típica razón limpia y con sentido común.

Aquella que Adorno y Horkheimer (1979) distinguían de la razón platónica y de todo sistema filosófico, aquella que asocia razón y ser. A partir del siglo mencionado, la *ratio formal*, la que comienza a desvincularse de la ontología, y comienza la dominación sobre la materia y la naturaleza. Sentó sus bases en el positivismo decimonónico y se transformó en un instrumento de poder y dominación sobre los hombres, las palabras y las cosas. Aquí asomó el concepto de utilidad. Todo lo razonable es útil. Trae buenos augurios y nos deja en paz las conciencias. Hasta dejar de ver el vecino de enfrente si es que molesta. Todo es digno de ser borrado si molesta a los poderes de turno o a un grupo de obcecados aliados a un poder omnívoro.

Cuestión irreprochable. Una razón instrumental acorde a las circunstancias. El problema es el tránsito, el caminar sobre una razón que se transforma en un arma contra aquellos que no piensan de la misma manera. Una razón que engendra hijos del miedo, además de monstruos. Usted no es una fantasía, ni tampoco cree en ellas. Estoy seguro que jamás se asomó al Río de La Plata para ver si las carabelas de Colón habían llegado de una vez por todas. Tampoco le fue necesario vender ningún mar cercano. Sus ventanales siempre fueron grandes para poder ver la realidad que usted juzgaba.

Muchos de nosotros creímos en la certeza de esa razón apenas vimos su figura y escuchamos su voz en los medios de comunicación. El problema se suscita cuando pasada la prueba de fuego examinamos nuestros gestos y palabras, y encontramos todavía trazos de esa razón innecesaria. La que coloca tarimas para ver la realidad de nuestro pobre país, la que se abstrae de colocar los pies desnudos sobre una patria que resume todavía violencia y un enorme vacío. El espiritismo porteño asegura que existe una enorme entidad en la profundidad del suelo pampeano. Ésta espera su momento para reivindicar esta porción de América que transitamos. Me pregunto qué será de su vida, escondida por el fuego de la metralla, de la pólvora y la tortura. Apenas se debe estar asomando para ver si su cometido es posible o si tiene que exiliarse a alguna novela latinoamericana, por lo menos para justificar su existencia.

## XII

De la misma manera con el tiempo transcurrido desde 1976 a 1983. Usted no pretendió jamás atrasar los relojes ni emitir decretos para instaurar la felicidad. No nos permitió soñar. Con los pies sobre la tierra pudimos entender que todo, hasta lo más horrendo, puede ser esgrimido con frente de toro, en un margen de buenas intenciones, de mesura. La seriedad de las causas encontradas que justifican cualquier accionar. Aquí el tiempo dejó de ser circular, como en *El otoño del patriarca*. El nuestro, el que vivimos, fue un tiempo lineal, silencioso, como una saeta dirigida a un objetivo preciso. Pensado y meditado; contundente. Concreto, como les gusta a aquellos que no saben desprender su vista de la supuesta realidad que necesita ser cambiada. Sólo levantan su mirada cuando el mal es irremediable o cuando tienen que huir, simplemente par ver el camino dónde disiparse.

Paso a otra región que se compone de memoria, sangre, músculos y una preciosa subjetividad: el cuerpo (Le Breton, 2004). La división cartesiana de mente y cuerpo, como le decía al principio de esta misiva, no me apetece, por eso me corrijo: mi identidad y mi cuerpo, entiendo, somos uno. No hay división. Este andamiaje de sangre y deseos que vengo sustentando cobró su forma en la adolescencia: plena dictadura. Ha recibido golpes certeros hasta en la manera de cubrirme: tenis, no; no es digno de gente que pretende alterar el orden; una falta de respeto. El pelo corto y las mangas largas, no es cuestión de mostrar los brazos, vaya a saber qué se esconde.

## XIII

¿Recuerda el texto de Marcos, capítulo 5, donde Cristo exorciza a un endemoniado y logra que se depositen en una pira de cerdos que se precipitan al abismo? (Biblia de Jerusalén, 1975). Dicho endemoniado había perdido su identidad. Loco, gritando entre las tumbas y el desierto. Arrojando piedras. Encadenado; solo. Según el relato, Cristo logró liberarlo de semejante apremio. Una vez limpio de la legión de demonios, se preparó para iniciar una nueva relación con los suyos. Curado, Cristo lo envió con sus familiares, para que comience de

nuevo a interactuar con los otros. Como puntal este relato, se puede ver que la mayoría de los ataques de los demonios versan sobre el cuerpo. Otros relatos de endemoniados lo testifican. Parece ser que las huestes rebeldes procuran masacrarte o en su defecto dejarte alguna seña particular, para que la relación social se vea quebrantada (Calzato, 2006, 2011). Para que no nos quieran, para que los demás salgan huyendo al verse comprometidos para cualquier ayuda. Pobre Job, las que pasó. Conoció lo peor del prójimo. El deseo de ser aniquilado. En esos instantes el “ama a tu prójimo como a ti mismo” pudiera haber sonado como una burla siniestra.

El propósito es dejarte solo, para que se siga depositando violencia sobre aquellos que poseen marcas indelebles en el cuerpo. De esa manera, ésta no culmina, se retroalimenta y todo continúa hasta que ese chivo de expiación es sacado del medio con una persecución y aniquilamiento quizás mayor. Círculo de violencia que no cesa. Quizás toda dictadura es el esfuerzo empecinado de alguna deidad que nos odia y que sabe positivamente que basta un chispazo, indiferente, de esos que no se ven, para proseguir con el reguero de muerte. Ella misma dice:

Te dejo débil para que te sigan pegando, sea hombre, sociedad animal o cosa. No es cosa que te puedas defender en el futuro. Te dejo débil para que creas que la salvación es individual, para que no confíes en el otro; de esa manera sos más vulnerable y que esa debilidad te dura para siempre.

Muchos creen esto. Pero no se dan cuenta que el cuerpo nunca deja de ser un hecho construido socialmente, por más que lo aniquilen. Muy simple, señor Videla: el cuerpo existe en una preciosa intersubjetividad: conocemos el cuerpo del otro y nos percatamos cuando no está. Sabemos que existe a través de su presencia. Por eso hacer creer que puede hacerse humo a un ser humano y borrarlo de la faz de la tierra, además de un profundo acto de soberbia, que raya con el pecado a ese que llaman original, es un acto de demonios. Es quedarse en la periferia del ser, es bordear los límites de la sinrazón. Es colocar a la desesperación como bandera.

## XIV

En este caso la memoria, el juego eterno de las construcciones y deconstrucciones, nos devuelve lo que hemos sido y lo que han sido los otros. No existe, señor Videla, memoria en soledad. La memoria se construye con el otro. Y en este caso no es un infierno. La individualidad como principio y como metodología, puede ser cuestionada y de manera muy crítica. El peligro es poder perder la noción del otro, y por tanto la propia. Incluso ni la violencia nace sola. Siempre se necesitan dos para comenzar los desastres: Caín y Abel. El primer asesinato de la historia, según la antropología hebrea, es entre hermanos. La violencia no se sustenta en la indiferencia del que no conocemos, sino entre rivales conocidos. Las agresiones que terminan en muerte nacen con el vecino, a ese que se nos intercepta en el mismo andar y que nos hace entender que desea lo mismo que nosotros: tierra, mujer, o cosa. No matamos al que nos es indiferente, sino al que nos produce escozor en la garganta, cuando le sentimos hablar o moverse (Girard, 1983, 2002).

Quedo con mis apremios y mis dudas. Estoy seguro que ni un ángel podría hacerme entender por qué llevo estas trazas, surcos y meandros. Es demasiado terrena, demasiado humana. Tan humana que me ciega hasta los mínimos mecanismos de comprensión. Como una hiedra que hábilmente trepa sobre una pared anónima, ciega y carcomida por el tiempo. Son frutos muy secos, sedientos, que inmovilizan hasta la más terca vena llena de sangre y de vida. Pretenden hacer creer que el silencio y el olvido son los mejores acápites para seguir colocando los pies sobre una tierra ya bastante herida. Nunca se debe ignorar el suelo. Quizás el ser tenga arraigo en ese entreverado palimpsesto.

Hasta aquí llego con las palabras, señor Videla. Me quedo con los silencios y los laureles que me han hecho conseguir. Espero poder en el futuro, a modo de una mejor comprensión, esbozar una sonrisa sobre esto que me aqueja y que hoy no tengo respuesta: saber por qué la ignominia nos venció en un mar de justificaciones. Pero lo dudo. Será tal vez que de ese mar nos llegaron los restos de un naufragio, restos que no pudimos armar, nos faltaron piezas. Si tan sólo pudiéramos haber armado una pequeña embarcación. Hubiéramos podido llevar

anclas. Pero no es el caso. Sólo nos llegaron piezas llenas de sangre, carnes maceradas, olvidos, rostros desfigurados, barrotes de cárceles, oscuridades óseas, sogas deshilachadas y un entreverado dolor. Sólo el viento con su silencio de muerte y soledad los acompaña y lleva estas reliquias de aquí para allá. No puedo mirar ahora al mar con semejantes cosas. Bajo el rostro a la playa. Me quedo muy solo. Enorme rompecabezas. Imposible de armar. ¿Por dónde empiezo?

### Bibliografía

- Biblia de Jerusalén (1975), Bilbao, Desclee de Brouwer.
- Calzato, Walter (2006), “Después de todo, ¿quién se come a los monstruos?” (San La Muerte, Argentina), *Revista Coexistencia*, núm. 4, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, pp. 33-45.
- y Sánchez Hernández, Gabriela (2011), “Milagro y violencia. Entre San Marcos y San La Muerte”, *Anales de Antropología. Revista del Instituto de Investigaciones Antropológicas*, vol. 45, México, UNAM.
- Carpentier, Alejo (2009), *El recurso del método*, México, Akal.
- García Márquez, Gabriel (1978), *El otoño del patriarca*, Colombia, La Oveja Negra.
- Girard, René (1983), *La violencia y lo sagrado*, Barcelona, Anagrama.
- (2002), *Veo a Satán caer como el relámpago*, Barcelona, Anagrama.
- Horkheimer, Max y Theodor W. Adorno (1979), *Sobre el concepto de razón*, Sociológica Taurus, Madrid, pp. 201-212.
- Kusch, Rodolfo (1976), *Geocultura del hombre americano*, Buenos Aires, F. García Cambeiro.
- Le Breton, David (2004), *Antropología del cuerpo y la modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Schütz, Alfred y Luckmann Tomas (2003), *Las estructuras del mundo de la vida*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Recibido el 3 de febrero de 2012

Aprobado el 4 de abril de 2012